

La actividad de preguntar y la producción de conocimiento...

Una investigación nace generalmente con una pregunta. Una pregunta que - cuando es genuina - nos inquieta, no nos deja tranquilos y nos moviliza.

Las respuestas que vamos encontrando en el camino -lo sabemos- tienen una inevitable carga de provisoriedad. Sin embargo, significan un paso más en el camino de la pregunta y de la búsqueda del conocimiento.

El preguntar es libre, porque el conocimiento lo es. Y es esa libertad la que alienta a buscar nuevos caminos.

Sin embargo, mirando a la Universidad, algo que siempre me ha inquietado es qué clase de preguntas nos hacemos los universitarios. Y si esas preguntas son pertinentes; es decir, si son las preguntas que le interesan a los pobres y excluidos (que son una inmensa mayoría); o si son mera curiosidad profesional (cuando no sólo requisitos para renovar subsidios, o acceder a una determinada convocatoria del sistema de investigación).

Porque si hay algo que creemos particularmente en esta Universidad acerca de toda investigación universitaria, es que esa investigación será pertinente en la medida en que aborde los problemas y urgencias de las grandes mayorías desfavorecidas, que por lo general no tienen demasiado tiempo para hacerse preguntas, porque tienen que dar respuestas inmediatas a las necesidades básicas: qué comer, cómo llevar comida a la mesa, cómo lograr que sus hijos sigan estudiando y no deserten hacia los cenagosos terrenos de las malas juntas, la droga y...no pocas veces, la cárcel.

Los pobres saben lo que necesitan, por eso tienen afirmaciones y reclamos silenciosos que los universitarios debemos escuchar con sensibilidad. Tal vez por eso Ignacio Ellacuría afirmaba que *“La Universidad debe encarnarse entre los pobres...debe ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen su verdad y su razón”*.

Es verdad que la misión de la Universidad no puede medirse solamente desde determinadas coyunturas. Una de las características de la construcción del conocimiento es que lleva tiempo y esfuerzo y va más allá del contexto particular porque debe tener cierta universalidad.

Es verdad también que con criterios meramente utilitaristas, o de cierta inmediatez, dejaríamos de lado la ciencia más básica, que sólo posteriormente tiene aplicaciones prácticas que aportan al bien común

Ahora bien, teniendo en cuenta lo anterior, la Universidad tampoco puede -ni debe - desentenderse del contexto y de la realidad en la que es, y a la que se debe.

La Universidad es un actor social importantísimo. Para bien y para mal. De hecho en ella se han formado las clases dirigentes...muchos de los cuales han intentado gestionar cambios, y otros -no pocos- le han hecho mucho daño a nuestro país. A la Universidad suelen recurrir los gobernantes para consultarlas cuando no hay ya *think tanks* en sus partidos o espacios políticos. A la Universidad recurren muchas veces los ministros y mandatarios para lavar sus errores como si estas fueran una suerte de río Jordán en el que se lavan culpas y se adquiere una cierta pátina de legitimidad para determinadas acciones.

Pero para mí, la pregunta más inquietante es si los pobres y excluidos encuentran en las universidades un aliado. ¿Recurren a ellas buscando solución a sus problemas existenciales o las siguen considerando unos reductos inaccesibles?

Y mirando desde adentro: ¿nuestras investigaciones tienen en cuenta la realidad de los más pobres? Nuestras agendas investigativas ¿son las agendas de la exclusión, de los jóvenes que no acceden al mundo del trabajo, o que no pueden terminar la escuela porque nada los motiva ni retiene? ¿Tienen en cuenta las graves dificultades que tienen las grandes mayorías desfavorecidas para acceder a la salud, la justicia, la vivienda digna? ¿Qué incidencia real tienen nuestros *papers* y nuestros congresos en la vida de los pobres?

Mucho me temo que el sistema nacional e internacional de investigación favorece tanto los *papers* que finalmente se da esa dinámica del sistema que se reproduce a sí mismo, y se termina escribiendo para investigadores, y para validar cierto prurito cientificista, pero que la realidad de las grandes mayorías excluidas tiene poco eco en el conocimiento validado por los sistemas que supuestamente “importan” a la hora de calificar como universidades de calidad.

Me temo que nuestra ciencia e investigación se quede en mera palabra vacía si no asume esta realidad de los más pobres, si no se piensa desde esa realidad...si no se compromete con esas personas.

Hace ya algunos años el teólogo Latinoamericano Jon Sobrino escribió su *Cristología latinoamericana*¹ con el subtítulo: ensayo desde las víctimas. Allí plantea una mirada de la fe cristiana desde la perspectiva de las víctimas de la exclusión y la pobreza.

¹ JON SOBRINO; La Fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas. Ed. Trotta. 1999.

Sin embargo, lo que quiero señalar es que no sólo la teología debe pensarse desde las víctimas. La filosofía ya lo hace desde el pensamiento, por ejemplo, de Enrique Dussel (y muchos otros); pero también deberían hacerlo las ciencias; en particular las ciencias sociales y humanas. **Hacer ciencia desde las Víctimas.**

Si bien el término “víctimas” es discutible y discutido, quisiera sostenerlo dado que señala claramente -a mi juicio- algo clave: que hay grupos enteros de personas que son arrojados a la periferia y la exclusión, víctimas de un sistema injusto. Estos grupos humanos no han elegido la exclusión, la pobreza y la falta de reconocimiento de derechos. Hay un sistema que los excluye; por eso no son actores de su exclusión, sino víctimas de la misma. Y ese sistema funciona aceitadamente, no como fruto de la casualidad, sino de una serie bien clara de causalidades. Desde esa significación sostengo el término.

Entonces, siguiendo a Sobrino, la perspectiva desde las víctimas es necesaria para una ciencia que pretenda responder a los problemas de las grandes mayorías; pero... ¿es esto posible?

Me explico: con Sobrino, creo que los seres humanos nos podemos dividir en dos grandes grupos: los que dan -damos- la vida por supuesto, y los que no dan la vida por supuesto. Ejemplificando: hay quienes viven en un barrio en el que hay balaceras todas las noches, o la droga circula como el agua, o están situados en un lugar de alta contaminación... Indudablemente estos no dan la vida por supuesta, al menos respecto de los que viven en un barrio cerrado, con vigilancia, o los que investigan pacíficamente en sus boxes de investigación, o los que nos dedicamos a la docencia en lugares más previsibles. Es claro que unos damos más por supuesto la vida que otros. Unos luchan por sobrevivir y otros trabajan por mejorar. Unos prevemos al comenzar el día, la semana, el mes y el año que lo terminaremos y que más o menos tendremos acceso a los bienes básicos y un poco más también. Y por otra parte están aquellos millones de conciudadanos para quienes no es seguro siquiera llegar a fin de mes.

De acuerdo al grupo que se integre, las cosas se ven de diferente manera. La justicia, la salud, la educación (y hasta la misma fe) son vistas desde perspectivas muy diferentes.

Pero el problema es que de hecho la ciencia, en su formato académico, es realizada por los del grupo que dan la vida por supuesta. Los pobres y excluidos -lo decíamos- tienen otras urgencias. Pareciera entonces que asumir su perspectiva sea algo complejo si se quiere asumir honestamente esa mirada y no nuestros propios prejuicios ideológicos.

Sin embargo, creo, es factible -si nos acercamos con humildad académica y humana- dejarnos iluminar por su perspectiva. Por la perspectiva de las víctimas acerca de los objetos de la ciencia.

Intentar asumir esta perspectiva y esa luz tiene sus implicancias para nuestro modo de hacer ciencia:

Significará **hacer ciencia desde el reverso de la historia**: desde los vencidos; los que no pueden acceder a una educación de calidad, a la administración de justicia, a una vivienda digna, los que ven su espacio verde transformado en basural -porque son pobres y no cuentan más que para las elecciones-; reflexionar desde aquellos que no son los protagonistas, por lo tanto no son los que imponen los titulares de los medios ni en la mayoría de los congresos internacionales.

Significará también **hacer ciencia desde la periferia de la sociedad**: donde viven las víctimas, aquellos cuyos rostros revelan “los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor”, como dice el documento de Puebla.

Significa, entonces, **hacer ciencia desde las mayorías sufrientes**: la mayor parte de la población de Latinoamérica es pobre y sufre. Toda ciencia que no quiera ser alienante e insignificante debe aportar a encontrar caminos de liberación, de compromiso con la transformación de la realidad.

Este acercamiento a la perspectiva de las víctimas, debe ser programado, debe ser una política de la Universidad. Debe responder a políticas y estrategias explícitas de investigación y producción del conocimiento.

Esta **investigación encarnada** debería tener un carácter profético, por llamarlo de algún modo, ya que debería inquietar, desinstalar, hacer las preguntas incómodas y buscar las respuestas necesarias. Y comprometerse con esas respuestas. **Una ciencia que vaya más allá de las elaboraciones académicas y nos movilice hacia una instancia ética, de compromiso con las respuestas encontradas.**

Volviendo al principio, entonces, tal vez una de las preguntas fundamentales para los académicos y universitarios no sea tanto “¿cómo ser buenos en esta sociedad?” sino ¿cómo ser buenos haciendo buena -es decir transformando- esta sociedad? Las respuestas que obtengamos si son genuinas, harán que nos comprometamos en construir una sociedad más justa y equitativa.

P. Lic. Rafael Velasco, sj
Rector UCC